

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata), P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba).

Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

	5	Trinidad y Eucaristía
<i>Lucio Florio</i>	7	Los Lugares del Encuentro Trinitario
<i>Alberto Espezel</i>	16	Encarnación - Resurrección - Eucaristía
<i>Jean Corbon</i>	24	Rezar y Celebrar en la Trinidad Santa
<i>María Manuela de Carvalho</i>	42	Dimensión Trinitaria de la Adoración Eucarística
<i>Adriana Rogliano</i>	50	La Trinidad y la Gracia en la Divina Comedia
<i>Sante Babolin</i>	59	El Icono de la Trinidad de Rublöv
<i>Alberto Espezel</i>	71	Gisbert Greshake, <i>Der Dreieine Gott, Eine trinitarische Theologie,</i>
<i>Juan Francisco Franck</i>	73	De la interioridad a la trascendencia

Rezar y Celebrar en la Trinidad Santa

*por Jean Corbon**

¿Por qué rezar en la Trinidad cuando la oración común se dirige siempre a Dios? Esta expresión invita a los creyentes a interrogarse sobre su fe, sobre las imágenes de Dios en su oración. Si uno se atiene a los criterios de la razón y del sentimiento, pareciera que rezar a Dios presupone de por sí que el hombre está de cara a Dios en una relación puramente exterior, fuera de Él.

La oración cristiana es algo enteramente distinto, inspirada en la fe en el Dios viviente, el Dios Padre revelado en el Evangelio por su Hijo que nos ha enseñado a rezarle en el Espíritu Santo. Es la apuesta de la primera pregunta: ¿qué orientación debemos dar a nuestra oración, a quién dirigirla? ¿Se puede rezar desde afuera de Dios?

La novedad cristiana

La paradoja de la oración, escondida para la sabiduría de este mundo, nos es revelada en la paradoja que contiene y suscita el jubileo de este Año Santo: el Verbo del Padre ha asumido nuestra carne de una vez para siempre, y desde entonces el Inaccesible está muy cerca del corazón del hombre. Es lo que San Pablo buscaba hacer en-

* Jean Corbon, nació en 1924, es sacerdote de la eparquía griega melquita católica de Beirut desde 1959, teólogo intérprete de los observadores del Concilio Vaticano II, profesor de eclesiología, liturgia y ecumenismo en la facultad pontificia de teología de la Universidad Saint-Esprit de Kaslik (Líbano). Miembro de la comisión internacional de diálogo teológico entre la Iglesia católica y la Iglesia ortodoxa. Publicaciones: *L'expérience chrétienne dans la Bible* (DDB 1964); *Prière orientale des Églises*, 4 vol., Beyrouth, 1974; *L'Église des Arabes* (Ed. du Cerf, 1977); *Liturgie de Source* (Ed. du Cerf, 1982); Artículos en la revista *Proche Orient chrétien*.

tender a los sabios del Areópago en su "preparación evangélica" a partir del "Dios desconocido": el Dios que ha hecho el mundo, ha dispuesto todo "para que los hombres busquen a la divinidad, para encontrarla, aunque sea a tientas, pues ella no está lejos de cada uno de nosotros. En ella tenemos la vida, el movimiento y el ser" (Hech. 17,27-28). Estas palabras, fuertes, nos inducen hoy a vivir en la verdad nuestra oración cristiana. Efectivamente, ellas nos recuerdan que el deseo de Dios gime en el corazón de todos los seres humanos y se traduce en sus plegarias. Cualquiera que sea el conocimiento de Dios, Él no está lejos de cada uno de ellos. El Padre ama a cada persona con un amor único, y está tan cerca de ella que su Hijo la ha asumido en toda su humanidad concreta y su Espíritu trabaja fielmente dentro de su corazón para conducirla a la vida. Y esta primera solidaridad con todos los que rezan en el mundo, fundada sobre nuestra fe en la Trinidad, nos llama, por sí misma a profundizar la novedad de la oración cristiana.

De esta manera, los cristianos pueden "estar juntos para rezar" con los fieles de otras tradiciones religiosas, como por primera vez en Asís, en 1986, pero no pueden "rezar junto con ellos" porque esto no sería verdadero. La oración cristiana no es exclusiva, debe llevar hasta el Padre la oración de todos los seres humanos, pero es la única que reconoce y adora al Padre "en Espíritu y en verdad" (Jn 4,23), es decir en su Espíritu de santidad y en su palabra de verdad. En la época de los grandes intercambios internacionales, la oración de los cristianos está llamada a instalar en la dimensión "del amor de Cristo que supera todo conocimiento" (Ef.3,19) justamente en razón de su novedad "que obra según la verdad en el amor"(Ef.4,15).

La fe de las primeras generaciones cristianas, nutrida por el testimonio de los apóstoles, estaba maravillada de "la novedad cristiana": el nuevo Espíritu, la nueva alianza, el nuevo Testamento, el mandamiento nuevo, el corazón nuevo, el ser una nueva creatura, vivir la nueva Pascua, porque la buena noticia, Cristo, ya está acá: Él ha aportado toda novedad aportando su propia persona anunciada por anticipado porque lo que fue anunciado por anticipado era precisamente que la novedad vendría a renovar y vivificar al hombre"¹. "En esto se ha manifestado el amor de Dios por nosotros: Dios ha enviado a su Hijo único al mundo a fin de que nosotros mismos vivamos por él [...] En esto conocemos que nosotros permanecemos en Él y Él en nosotros: en que nos ha dado su Espíritu" (1Jn. 4,9 y 3). No sabemos rezar, y he aquí que nuestro Padre, por pura gratuidad, nos da su Es-

¹ San Ireneo, *Adversus Haereses*, IV, 34, SC 100, p.847.

píritu que se coloca, por así decirlo, en nuestro lugar para enseñarnos a rezar en él, con Jesús, de cara al Padre. No somos más extranjeros ni forasteros, somos de la familia de Dios (Ef.2,18-19). Ésta es la novedad de la oración cristiana: que se nos ha dado poder de orar a Dios.

De este don primero y fiel se siguen para nosotros dos certezas. En primer lugar si nosotros experimentamos el deseo de rezar, es un signo de que el Espíritu Santo lo ha suscitado en nosotros. De nosotros depende consentir libremente, gratuitamente. Y si el Padre así nos busca, a nosotros que no somos mejores que los demás, sin duda es signo de que no deja de buscar incansablemente a todos nuestros hermanos y hermanas en la humanidad. "El llamado universal a la oración" brota del corazón del Padre para todos sus hijos dispersos y si les es dado a los cristianos poder ya adorar en Espíritu y en verdad, es para que participen en su plan de salvación para todos los hombres.

El don divino de la oración se nos revela en la historia de este plan de amor del Padre. Sería necesario aquí escuchar al Señor resucitado recorrer las Escrituras para explicarnos cómo, desde el comienzo de los tiempos, el Padre busca al hombre y se deja encontrar por él hasta darle a su Hijo bien amado, y su Espíritu de amor². Para nosotros que, después de Pentecostés, estamos en los últimos tiempos, esta revelación de la oración nos es dada en la Iglesia, cuerpo viviente y vivificante de Cristo del cual hemos llegado a ser miembros. Unidos a su Hijo único, los hijos de adopción aprenden del Espíritu cómo orar al Padre, tanto en el acontecimiento litúrgico como en el secreto del corazón.

La santísima Trinidad: celebrar la Trinidad

"No se aprende a ver, es un efecto de la naturaleza. La belleza de la oración no se aprende por la enseñanza de otro. Tiene a su maestro en sí misma, Dios "que enseña a los hombres la ciencia" (Salmo 93,10) y da la oración a aquél que reza"³. Justamente es lo que sucede en el acto litúrgico. Más que una reunión de oración, una celebración es esencialmente una acción, la del pueblo de Dios (liturgia), una acción divino-humana, un acontecimiento donde se manifiesta, actualiza y comunica el misterio de salvación llevado a cabo de una vez para siempre en la Pascua de Cristo el Señor. Los actores de este hecho son sobre todo aquellos de la liturgia celestial (Apoc.2-5 y *passim*), en la cual participa sacramentalmente la asamblea eclesial aquí y ahora⁴.

2- Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, IVª parte, 1ª sección, c.1. nn.2566-2649, *La revelación de la oración. Llamado universal a la oración*.

3- San Juan Climaco, Grado 28, p.g.88,1131

4- Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, IIª parte, 1ª sección, cap.1º, art.1. *La liturgia, obra de la Trinidad*, nn.1077-1109.

Es entonces cuando nosotros aprendemos a rezar a Aquel, que es, al mismo tiempo, el "maestro" de nuestra plegaria.

Esta "pedagogía" se verifica en la eucaristía y en ella pondremos nuestra atención. En efecto, cuando la Iglesia la celebra ella llega a ser todo lo que es: el sacramento de la comunión íntima con Dios y de la unidad del género humano (*Lumen gentium* 1). Ahora, la Trinidad es la fuente, el modelo y el fin de la Iglesia, misterio/sacramento de la comunión. En este misterio se revela y se vive la novedad de la oración cristiana.

Importa notar que las tradiciones litúrgicas de las Iglesias de Oriente no celebraban una fiesta particular de la Trinidad. En la economía sacramental, una fiesta celebra un acontecimiento de salvación llevado a cabo por Cristo y en él. Por lo tanto en cada acontecimiento del misterio de Cristo se manifiestan la presencia y el poder del amor de la Trinidad. De tal manera la eucaristía, sacramento del misterio pascual, es por excelencia la celebración de la Santísima Trinidad por la Iglesia orante.

La señal de la cruz

"En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo", así comenzamos toda celebración litúrgica, mientras nuestra mano traza la señal de la cruz. Más allá de la rutina, el asombro nos abre a la adoración. En el mismo aliento del corazón, expreso mi fe en la Trinidad y en Cristo crucificado, "el Hijo de Dios que me ha amado y se ha entregado por mí" (Gal. 2,20). Por medio de mis palabras, me ofrezco al Dios tres veces santo en el cual está el amor, la fuerza de la vida y por medio de mi gesto, reconozco que el Hijo me da su vida tomando sobre sí mi pecado y mi muerte. La cruz es el signo visible de que "todo está cumplido" (Jn. 19,30) en el misterio del amor de Dios por el hombre.

Jesús en la cruz es la última "teofanía", manifestación de la gloria de Dios en la economía de nuestra salvación. Todas las demás teofanías, desde Abraham a la Transfiguración, manifestaban poco a poco cómo el Padre cumpliría su promesa en su Hijo, pero en el momento de la Cruz, la manifestación de la gloria de la Trinidad coincide con el cumplimiento de la "obra" que la glorifica (Juan, 17, 1-4): Jesús revela en ella al Padre totalmente entregado en sus palabras que no son más que un grito; Aquél que es el resplandor de la gloria no tiene más apariencia humana: desfigurado, objeto de burla (Heb. 1,3; Is. 52,14-53,3); El entrega su Espíritu en manos del Padre para darnos-

lo (Luc 23,46; Jn 19,30). La realidad insólita de este misterio, la victoria del amor sobre la muerte, Cristo resucitado la revela a aquéllos que creen en El, pero su signo visible, ofrecido a nuestra fe, es el de su cruz. Cuando entramos en una iglesia, nuestra mirada orientada espontáneamente hacia el altar y hacia la cruz debe hacernos entrar en oración.

“Ellos mirarán a Aquél quien traspasaron” (Jn. 19,37). Contemplando a su Señor crucificado, Juan ha visto su gloria, gloria que recibe de su Padre como Hijo único” (Jn 1,14). Él ha visto y da testimonio de ello: del costado herido por la lanza, ha visto salir sangre y agua (Jn 19,33s). En la sangre del sacrificio, el Cordero y el agua viva del Espíritu Santo, nuestros Padres en la fe han visto los símbolos de la eucaristía y del bautismo, los dos sacramentos esenciales de la Iglesia, “porque del costado de Cristo dormido ha nacido el sacramento admirable de toda la Iglesia”⁵.

Bautizados en Cristo

El bautismo es como la matriz de la oración cristiana. “Bautizados en el agua y en el Espíritu Santo, hemos sido “sumergidos” en “el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”. Desde ese momento, la Trinidad es el medio en que vivimos. Hemos nacido de nuevo, renacidos, en la comunión divina. De ahí en más, en nosotros “el ser viejo ha desaparecido, hay un nuevo ser” (2Cor 5,17). Nuestras estructuras biológicas y psicológicas continúan siendo las mismas, pero el misterio de nuestra persona ya creada a imagen de Dios accede “a su semejanza”. La Trinidad habita en nosotros en lo más íntimo de nosotros mismos y nos da a conocer su maravilla inefable, vivirla e irradiarla para que otros puedan vivirla. Rezar será la respiración de esta vida nueva en la comunión de la Trinidad. “¿Cómo puede ocurrir esto?” (Juan 3,9) preguntaba Nicodemo.

“Así ocurre con aquel que ha nacido del Espíritu” (Jn.3,8), acababa de decirle Jesús. El Espíritu Santo nos enseña a rezar de la misma manera en que nos ha concebido en el agua maternal del bautismo. Enviado por el Padre, actúa al unísono con la fe de la Iglesia - sea cual fuere la edad del catecúmeno- y esta constante se verificará en las celebraciones litúrgicas como en la oración del corazón: nuestra oración es siempre una respuesta de fe al don precedente del Espíritu del Padre. Por eso su misión, inseparable de la del Hijo, realiza

⁵ Vaticano II, *Constitución de la santa Liturgia*, SC n°5

el deseo del Padre: nos une a Jesús, nos injerta en Cristo y nos hace miembros de su Cuerpo que es la Iglesia. Se trata realmente de un nuevo nacimiento. "Convertidos en un mismo ser con Cristo" (Rom.6,5)⁶, somos "adoptados" en el Hijo único y muy querido, su Padre es desde ahora "nuestro" Padre. Adopción sin analogía humana porque acá la vida nueva de los hijos adoptivos es la vida misma del Hijo único, aquella que recibe del Padre eternamente. Se comprende así el sentido profundo de la oración "cristiana": ella es la "de Cristo" mismo, la de la cabeza del cuerpo que es participada a sus miembros.

Nosotros hemos sido marcados tres veces con la señal de la cruz antes de profesar que creemos en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo y, tres veces el agua consagrada por el Espíritu nos ha sumergido en *el nombre* del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; finalmente *la unción* del Espíritu Santo ha penetrado todo nuestro ser con su sello. Admirable progresión que traza en nuestros corazones el camino misterioso de nuestra oración de hijos de Dios.

De aquí el movimiento pascual de la oración. "Si hemos llegado a ser un mismo ser con Cristo por una muerte semejante a la suya, lo seremos también por una resurrección semejante" (Rom.6,5). Nuestra nueva creación comienza sobre la cruz de Cristo en la que "nuestro hombre viejo ha sido crucificado con él" (Rom. 6,6) Cristo ha vencido a la muerte por medio de la muerte, su cruz es nuestra Resurrección. De este acontecimiento único el Espíritu Santo hace surgir nuestra fe. San Pablo afirma con insistencia: "Si Cristo no ha resucitado, vuestra fe es vana y vosotros estáis todavía en vuestros pecados" (1 Cor. 15,14-17) No se trata de creer, en abstracto, que Cristo ha resucitado, sino de adherirnos, desde el fondo de nuestro ser, a Jesús crucificado y resucitado. Nuestra fe es el primer movimiento del corazón por el cual nosotros resucitamos con Cristo, resurrección de la que nos hace participar el poder del Espíritu del Padre. Por eso el primer aliento de nuestra oración es un aliento de fe.

El bautismo es el primer sacramento porque es el sacramento de la fe, fundamento de la Iglesia que está constituida por el Espíritu de Cristo resucitado como sacramento de la comunión de la Trinidad. Sacramento de la fe, que realiza lo que significa: nos introduce en el misterio de la comunión divina para hacernos vivir. Éste es el sentido real de la triple inmersión en el nombre divino: un solo nombre, tres personas. Por el bautismo el creyente recibe la presencia de la Trinidad que acaba de profesar en el Credo. Así es escuchada la oración de

⁶- El término empleado por san Pablo es muy fuerte: "symphytoi", la misma planta, el mismo árbol, tanto más cuanto el contexto de la frase es el de la muerte de Cristo, de la cruz. La misma raíz se encuentra en "neófito", nacido de nuevo, renacido en Cristo.

Jesús por aquellos que reconocen que el Padre lo ha enviado: "Yo les he revelado tu nombre y se los revelaré, para que el amor con que tú me has amado esté en ellos y yo en ellos" (Jn.17,26). No tenemos entonces que buscar a nuestro Padre fuera de nosotros porque ha hecho de nosotros su morada con su Hijo amado y su Espíritu de amor. En su nombre aprendemos a rezarle, en Espíritu y en verdad.

Recibir la unción del Espíritu Santo

El sacramento del bautismo se completa con el de la confirmación o crismación. El neófito es ungido con el santo crisma sobre la frente, los oídos, los ojos, la nariz, la boca, el pecho, las manos y los pies: todo su cuerpo es marcado por el "sello del don del Espíritu Santo". Estos dos sacramentos son inseparables en su naturaleza, aunque a veces lo estén en el tiempo o la confirmación esté todavía reservada al obispo.

Conocemos la clásica pregunta: ¿por qué este sacramento? ¿No hemos recibido al Espíritu Santo siendo bautizados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo? Esta pregunta encierra otra: cuando rezamos a la Trinidad, ¿a quién rezamos? La fe de la Iglesia, fiel a la revelación de Dios en la historia de la salvación, profesa que la Trinidad es consustancial e indivisible. Todas las obras de Dios, las de la creación y las de la redención, manifiestan que las acciones divinas son comunes a las tres personas. Por esta razón les tributamos la "misma adoración y gloria", porque en cada una se revela "la misma y única naturaleza"⁷ de la divinidad, única voluntad, única santidad, única bondad. Nosotros rezamos a un solo Dios pero no confundimos las personas, teniendo cada una sus características personales. ¿Cuál es entonces el rol del Espíritu Santo en el sacramento del bautismo-confirmación, y por lo tanto en la oración cristiana?

Su misión es inseparable de la del Hijo y es relativa a ella. Es Aquel que "ha hablado por los profetas", inspirado las Escrituras, anunciado y realizado la venida del Hijo en nuestra carne y que acaba su obra de salvación hasta su segunda venida en la gloria. Toda su misión es con y para Cristo. El Padre unge a su Hijo el día de la Anunciación, Jesús es el Mesías de Dios, pero es el Espíritu quien es la unción. Su misión es la de "constituir" a Cristo. Después de la gran obra de la Encarnación, del sacrificio de la cruz (Hebreos 9,14) y de la re-

7- La fe en la "misma y única naturaleza" (homo-ousia o consubstancialidad) definida para el Hijo en el I Concilio de Nicea está implícitamente expresada para el Espíritu en el concilio de Constantinopla I por la "misma adoración y gloria" (homo-timé).

surrección (Rom.1,4 y Hech.2,36), ha sido enviado por el Padre y por el Señor resucitado para "constituir" el cuerpo del "Cristo total", Cabeza y miembros: la Iglesia. Después del Primer Pentecostés, manifiesta al mundo el misterio de la Trinidad y reúne en Cristo a los hijos de Dios dispersos.

Bajo esta luz se puede comprender la significación eclesial de la unción del Espíritu Santo que perfecciona el Bautismo. El bautizado que viene de renacer a la vida del Padre en su Cristo es "constituido" miembro de su cuerpo, no solamente para comenzar a vivir una vida nueva deificada, sino también para participar, como miembro vivo, de la salvación del mundo cuyo sacramento es el cuerpo de Cristo. Por el Espíritu Santo, el bautizado es investido de funciones totalmente nuevas. Está habilitado para participar de la triple función de Cristo el Señor: profética, sacerdotal y real.⁸ No se trata de una cuestión de edad sino de una potencia de vida, esencial a la nueva constitución del hijo de Dios. En la mayoría de las tradiciones litúrgicas, la unción que hace culminar el bautismo es expresada por las palabras "sello del don del Espíritu Santo", para significar a la vez la fidelidad del Padre, "que nos ha marcado con su sello" (2Cor1,22) y la impronta indeleble del Espíritu Santo, que la teología latina ha traducido por "carácter".

De aquí que rezar sea uno de los actos más importantes en los que se ejerce la función sacerdotal de los bautizados que no se reduce a la celebración de los sacramentos, sino que debe animar toda la vida. Si no hubiéramos renacido por el bautismo y si no hubiéramos recibido la unción del Espíritu, seríamos incapaces de rezar. "Es Dios quien nos ha dado la unción, El es quien nos ha marcado con su sello y ha puesto en nuestros corazones las primicias del Espíritu" (2Cor1,21-22). Sería necesario meditar también la frase de san Juan en su primera epístola: "La unción que habéis recibido de El reside en vosotros y no tenéis necesidad que os enseñen" (1Jn2,20,27). Se trata de la nueva Alianza anunciada por Jeremías (Jer.31,33): "Yo pondré mi ley en el fondo de su ser y la escribiré en sus corazones".

A partir del don puramente gratuito y permanente de nuestro Bautismo, el Dios tres veces santo, nos llama a orarle y nos enseña El mismo. Escuchemos el testimonio de san Ireneo de Lyon: "Por el bautismo se nos ha otorgado la gracia del nuevo nacimiento en Dios Padre por su Hijo en el Espíritu Santo. Porque aquellos que llevan el Espíritu de Dios son conducidos al Verbo, es decir al Hijo, pero el Hijo los presenta al Padre, y el Padre les da la incorruptibilidad. Pues sin

⁸ Cf. *Lumen Gentium*, nn.10-12 y A.A.nn.2 y3.

el Espíritu, no es posible ver al Hijo de Dios, y sin el Hijo, nadie puede acercarse al Padre. Porque el conocimiento del Padre es el Hijo, y el conocimiento del Hijo se logra por el Espíritu Santo. En cuanto al Espíritu, es según que agrada al Padre que el Hijo lo da, en los carismas, como el Padre quiere y a quien él quiere.”

Los santos Misterios (Eucaristía)

La señal de la cruz nos ha llevado al seno de la teofanía del misterio que todo lo contiene: la cruz en el corazón de la Trinidad. La sangre del Cordero inmolado y el agua viva del Espíritu Santo permanecen en los signos del Reino que vienen en el admirable sacramento que es la Iglesia. A estos hijos renacidos, bautizados en Cristo y penetrados por la unción del Espíritu Santo, el Padre les ha dado todo para que puedan conocer su nombre y adorarlo finalmente en Espíritu y en verdad. Y para expresar esta adoración, su Hijo querido nos ha dado su Testamento, el memorial de su misterio pascual. El Paráclito es dado a la Iglesia para que ella lo invoque, lo actualice y lo comunique, hasta que el Señor devuelva el Reino a su Padre. En la celebración eucarística, misterio de los misterios, el Padre es plenamente glorificado, y da la vida al mundo por su Hijo y en su Espíritu. Entonces, nosotros aprendemos a rezar en la Trinidad.

“El bautismo nos destina a los santos misterios, está totalmente orientado hacia ellos, los llama y los propone, polarizado hacia la eucaristía como el imán hacia el polo. La eucaristía está en el bautismo como el fruto está en la flor.¹⁰” ¿Cómo las semillas de la oración trinitaria florecen en el bautismo y se expanden hasta fructificar en la Eucaristía? No se puede dar la respuesta sino en cada tradición litúrgica y según la mistagogia que le es propia.

Deteniéndonos en los grandes momentos de la celebración eucarística, haremos como una relectura trinitaria en función de la oración. Los santos misterios son dados a la Iglesia para que ella viva el acontecimiento salvífico. Éstos piden ser celebrados en la oración y al mismo tiempo son fuente, expresión y pedagogía de la oración de la Iglesia. En ellos encontraremos la dinámica divino-humana atraída por el bautismo y la confirmación: *hacia el Padre, por Cristo, en el Espíritu Santo*. En cada persona divina según sus propiedades personales, de manera que la respuesta de fe de la Iglesia y de cada uno de sus miembros, va hacia la Trinidad consustancial e indivisible, pero con una re-

9- San Ireneo de Lyon, *Démonstration de la predication apostolique*, 7.S.C. 62 (1959), 41-42.

10- Dom Lambert Beauduin, “Bautismo y Eucaristía”, en *La Maison-Dieu*, 6 (1946), pag.58.

lación particular hacia el Padre, con su Hijo y con su Espíritu Santo.

Volver hacia el Padre

"Hay en mí un agua que murmura y que dice dentro de mí: Ven hacia el Padre"¹¹: San Ignacio de Antioquía, en la antesala de su martirio, hacía esta confidencia a los fieles de la Iglesia de Roma. El Espíritu Santo lo preparaba a ser "trigo de Dios, molido por los dientes de las fieras, para llegar a ser un pan puro de Cristo"¹². Si cuando termina la eucaristía somos llamados a ser transformados en Aquel que es nuestro pan de vida, cuándo somos invitados al banquete del Reino, ¿"está nuestro corazón preparado" (Sal.56,8) desde el comienzo?

Para "constituir" la asamblea santa, el Espíritu Santo comienza por llamar a cada uno de sus miembros a "regresar", según el término hebreo (shub), o a volver, a "convertir su corazón", según el término griego (metanoia). Este llamado al regreso se expresa al principio de la celebración, se vuelve a encontrar bajo formas distintas hasta el momento de la comunión. Lo importante es responder a él rezando en la Trinidad. En efecto, nosotros somos pueblo de Dios pero todavía en el exilio: todavía pecadores, olvidadizos de nuestro Padre y lejos de su rostro. "Si tú quieres volver, Israel, es a mí que tienes que volver" (Jer.4,1); el movimiento es teológico en su término. Y lo es también en su origen: "¡Hazme volver que volveré!" (Jer.31,18), "haznos volver, haz brillar tu rostro y seremos salvados" (Sal.79,4). La novedad cristiana del regreso nos decide a buscar a nuestro Padre, por la moción de su Espíritu, que nos mueve a recordarlo, y por el único camino, Jesús, que toma sobre sí nuestros pecados y nos justifica por su sangre.

Escuchar la palabra del Padre

Este movimiento de retorno al Padre no se limita al momento llamado "penitencial" al comienzo de la eucaristía. También va a depender de nuestro regreso la calidad de la escucha durante la "liturgia de la palabra". También aquí la oración de la Iglesia es trinitaria. Es el Padre que habla a sus hijos y nosotros estamos invitados a escuchar, unidos silenciosamente a Aquel que está eternamente a la escucha del Padre, su Verbo en quien el Padre habla de sí y nos dice todo. Nos entrega su palabra viviente. "Nadie ha visto jamás a Dios, el Hijo único, que está en el seno del Padre es El quien nos lo ha hecho conocer" (Jn.1,18). "Las palabras que os digo, no las digo por mí mismo: el Pa-

11- A los romanos, VII,2 sc 10

12- Ibid. IV,1

dre que permanece en mí es el que realiza las obras" (Jn.14,10). Durante la liturgia de la palabra, el Señor resucitado nos habla del Padre, nos revela su nombre y nos manifiesta su plan de amor para los hombres. Escucharlo es ya rezar.

"¡Escucha Israel!" (Deut. 5,1; 6,4 et passim). Este llamado apremiante y doloroso de nuestro Dios por medio de los profetas continúa preludiando el don de su palabra. Aquel que "ha hablado por los profetas" lo dirige a las Iglesias (Apoc. 2 y 3). No sabemos escuchar la palabra de nuestro Padre en la medida en que desconocemos la acción de su Espíritu Santo. La unción recibida en el bautismo nos ha dado "un corazón para conocer, ojos para ver y oídos para oír" (Deut.29,3). Si nosotros le pedimos al Padre, el Espíritu de la verdad va a poner en nuestro corazón esa disposición a la oración suscitada por la liturgia de la palabra. "La buena tierra" de la parábola del sembrador, "el corazón noble y generoso" (Luc 8,15), es obra conjunta del Paráclito y de nuestra fe. Si no escuchamos la palabra, si no rezamos, entonces "el Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad" (Rom.8,26), y nos "recuerda" todo lo que Cristo nos ha dicho (Juan 14,26). Él es la memoria viviente de la Iglesia y por El Cristo resucitado nos "abre el Espíritu para entender las escrituras" (Luc. 24,45) porque es El quien ha inspirado su sentido (2Tim 3,16). El Espíritu Santo enseña a rezar a los hijos de Dios en la liturgia de la palabra, ese tiempo fuerte de la santa y viviente tradición¹³.

En estado de ofrenda

La escucha profundizada y purificada por el Espíritu Santo es sumisión del corazón, obediencia¹⁴ de fe, acogida de la "semilla incorruptible, la palabra del Dios viviente y eterno" (Pe.1,23). Por medio de la escucha, comenzamos a comer el pan de la palabra de vida para asimilarla y ser alimentados por su cuerpo. La liturgia de la palabra tiende, como lo quería Jesús al proclamar el Evangelio, hacia el cumplimiento en nosotros, de lo que ella anuncia: la nueva Pascua va a ser actualizada sacramentalmente para que la comamos con El (Luc.12,50 y 22,15).

Entre la escucha del Verbo y la comunión de su cuerpo, hay un momento muy significativo de la pedagogía eucarística de la oración: la procesión de las ofrendas y su presentación en el altar. En la mayo-

13- Cf. el bello párrafo de la Constitución sobre la Revelación divina en el Vaticano II sobre el desarrollo de la santa Tradición en el corazón de los creyentes, *Dei Verbum* 8

14- El término de la Biblia griega "hypakoé" significa "ponerse bajo la palabra escuchada", someterse a ella (cf. el latín *obaudire*).

ría de las tradiciones litúrgicas, el sentido está expresado con una oración sobre las ofrendas. El Espíritu Santo nos hace participar de la disposición más íntima de Cristo en el acontecimiento de su misterio pasual: su movimiento de ofrenda. Durante su pasión, sobre la cruz, en el sepulcro, en su resurrección y desde que está junto al Padre, Jesús es sólo ofrenda, ofrecida con todo su ser, a su Padre y a todos los hombres. En la anáfora¹⁵, es El quien ofrece, como Dios, pero es El ofrecido, como hombre, y nosotros, su Iglesia, con El. Poniéndonos así en estado de ofrenda con Jesús, el Espíritu Santo abre nuestros corazones. En la escucha, la humildad de la fe mantiene una distancia misteriosa con Aquel a quien recibo. En la ofrenda, consiento en ser tomado por Él y, con El, entregado al Padre. Tal es la obra de su Espíritu.

El Paráclito, en efecto, nos hace aptos para “ofrecer nuestras personas como hostia viva, santa, agradable a Dios”(Rom. 12,1). El “culto espiritual”, celebrado sacramentalmente en la Eucaristía, es el fundamento de la vida de oración. El estado de ofrenda que es el de Cristo se convierte en nuestro: ser ofrenda viva, es simplemente mantenerse delante del Padre, estar presente para El, entregarle el “presente” para El más precioso, que es nuestra frágil voluntad libre, confiarnos a su amor sin apoyo en lo creado, abandonarnos a su misericordia sin condiciones, seguros de ser acogidos y amados tal como somos. Nuestro Padre va a poder realizar así en sus hijos su obra de salvación: transformarlos y conformarlos a su Hijo querido por el poder de su Espíritu Santo. El movimiento de la anáfora parte de aquí como el de la oración. “La elevación del alma hacia Dios¹⁶” se nutre en la Eucaristía.

Dar gracias

La Iglesia se mantiene delante del rostro de Dios, ofrecida como el Cordero inmolado y de pie, y se estremece de gozo en el Espíritu Santo: ¡es digno y justo cantarte, adorarte, Padre infinitamente bueno! Antes de hacer memoria del testamento del Salvador, antes de celebrar “el sacrificio de alabanza”, la Iglesia “hace eucaristía”, da gracias. Ella “prehace”, como dice el canon romano, el don del acontecimiento de salvación que va a recibir. Es así como Jesús, daba gracias “antes” de llevar a cabo las obras de su Padre, tan seguro estaba de ser escuchado¹⁷. Nuestra oración -que participa de la de Cristo- se abre entonces a dimensiones totalmente nuevas.

15- Anáfora: el movimiento de llevar hacia lo alto.

16- Expresión clásica para describir la oración: Juan Damasceno, *De fide orthodoxa*, III, 24.

17- Así antes de multiplicar los panes (Jn. 6,11), antes de resucitar a Lázaro (Jn.11,41) y antes de darnos su cuerpo y su sangre (Luc.22, 19-20).

San Juan Crisóstomo ha agregado a las tres repeticiones, en la anáfora antioquena de los apóstoles: te damos gracias "a ti, Padre, a tu Hijo único y a su Espíritu Santo". Damos gracias a la Trinidad santa, consustancial e indivisible. Es verdad que "es Cristo quien ofrece y quien es ofrecido", pero es El también, con el Padre y el Espíritu, "que recibe y distribuye" los dones ofrecidos¹⁸. Unidos a la santa humanidad de Cristo, es por medio de ella que nosotros damos gracias a la Trinidad.

Pero dar gracias expresa también un espíritu de "reconocimiento" que responde a los dones de Dios. "En esto consiste su amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino que es Él quien nos ha amado [...] En cuanto a nosotros, amamos porque El nos ha amado primero". (1 Jn 4,10 y 19). Si podemos dar gracias a nuestro Padre ofreciéndonos a Él con su Hijo amado, es porque "su Espíritu de sabiduría y de revelación nos lo ha hecho conocer verdaderamente" (Ef.1,17), como Aquel que se da a nosotros entregándonos a su Hijo único y a su Espíritu de santidad.

Dar gracias se inscribe también en un movimiento de flujo y reflujo. "Toda gracia perfecta viene de lo alto y desciende del Padre de las luces" (Sant. 1,17), por la "condescendencia y el amor por los hombres" de su Verbo encarnado hasta su kenosis en nuestra muerte y la efusión de su Espíritu vivificante, a fin de que aquellos que crean en su amor, tomados por este mismo Espíritu que los une al Hijo único, puedan hacer llegar al Padre la acción de gracias y la adoración de todas las creaturas. Por este doble movimiento, en la eucaristía y luego en la oración del corazón, dar gracias se revela como una "acción" de gracias. Movimiento descendente de las acciones divinas hacia la obra de su creación y la economía de la salvación, y movimiento ascendente de la acción de la Iglesia en la "liturgia": todo aquí es gracia y la abundancia de la gracia, sobre todo donde el pecado ha abundado, hace sobreabundar la acción de gracias (2 Cor 4,15 y Rom. 5,20).

"Envía tu Espíritu Santo"

La epiclesis es el momento más significativo de este doble movimiento de gracia. Es pues el acontecimiento de la cruz, del sepulcro y de la resurrección del Señor acontecido en la historia "de una vez para siempre", no es repetido sino hecho presente, actualizado, de manera sacramental. En el momento de la epiclesis, se realiza realmente, a través de los signos sacramentales, el único sacrificio de

18- Liturgia de san Juan Crisóstomo, oración antes de la procesión de los dones (Entrada solemne).

Cristo entregando su cuerpo y repartiendo su sangre por la salvación de todos.

La epiclesis es "el llamado" (*klesis*) que sube hacia el Padre para suplicarle que envíe, que haga descender a su Espíritu Santo "sobre" (*epi*) los dones ofrecidos (el pan, el vino, la asamblea y todo lo que se presenta a su misericordia) a fin de que se transformen en el cuerpo de Cristo. Es Él, nuestro mayor sacerdote, quien implora al Padre: "Acá estamos, yo y los hijos que tú me has dado" (Heb.9,1) y es Él el cordero inmolado que se sacrifica a sí mismo por sus hijos. Por eso el Padre lo escucha (Sal 21,22 y 25). "El Espíritu eterno por el que él se ha ofrecido a sí mismo" (Heb. 9,14) lo resucita de entre los muertos (Rom. 1,14). Establecido plenamente como Cristo y Señor (Hech. 2,36), Jesús, "exaltado por la diestra de Dios, ha recibido del Padre al Espíritu Santo, objeto de la promesa, y lo ha difundido" (Hech. 2,33). En lo sucesivo, por la fuerza de su Espíritu vivificador, el Padre "consagra en la verdad" (Jn. 17,17-19) a los miembros del cuerpo de su Hijo, que de esta manera participan en el sacrificio de Aquel que es "constituido cabeza para la Iglesia" (Ef.1,22).

La epiclesis consacratoria de la eucaristía es a la vez la fuente y el modelo de la oración de petición "en Espíritu y en verdad". La fuente, porque ella brota de la plegaria de Jesús en su agonía, sobre la cruz y en la tumba, su oración propiamente sacerdotal, en el acto mismo de su sacrificio. También es modelo de la oración cristiana de petición del corazón que reza. Cuanto más consintamos en ser "pobres según el Espíritu", sin fuerza por nosotros mismos, incapaces de rezar y de amar, esperando todo del Padre permaneciendo en la tumba con su Hijo, más nos atraerá el Padre hacia él, y nos conformará a Cristo con el poder de su Espíritu. La epiclesis eucarística nos enseña igualmente a conocer "las dimensiones del amor de Cristo que sobrepasa todo conocimiento" (Ef. 3, 18-19): nuestras "intenciones de rezar" deben abrirse al mundo entero, como nos invitan a ello las palabras de nuestra liturgia. Hemos recibido gratuitamente la unción de Cristo para desparramar gratuitamente su perfume (2 Cor.2,14-15).

Nuestro Padre

Jesús nos ha enseñado cómo orar al Padre (Mat. 6,9-13). En la celebración de la eucaristía, esta plegaria a "nuestro" Padre nos entrega su misterio. Desde el principio, todos los actos y las palabras llevan nuestra oración al Padre porque son las mismas de Cristo, de las que nos hace participar el Espíritu Santo. Su sacrificio pascual ha llegado a ser el de sus miembros, Cristo resucitado nos atrae hacia su

Padre que es ya "nuestro" Padre (Jn.20,17): somos adoptados en su Hijo único. El movimiento de la "anáfora" nos lleva hacia lo alto y espera su culminación: estamos "establecidos en el cielo en Cristo" (Ef.2,6), junto a "nuestro Padre que está en el cielo". Estas primeras palabras nos deberían llenar de adoración. ¿quién osaría sin conciencia rezar a Dios en Dios? Por esta razón todas las tradiciones litúrgicas nos introducen junto al Padre apoyándose sobre la "audacia filial" (*parrhésia*) que nos da el Espíritu del Hijo. "La prueba de que sois sus hijos, es que Dios ha enviado a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo que grita: ¡Abba, Padre!" (Gal 4,4).

Esta oración que Jesús nos ha confiado es la oración cristiana por excelencia. En sus palabras humanas, muy simples, está como impregnada de la Trinidad. Lo podemos constatar desde su inicio. En las tres primeras peticiones, comenzamos, por fin, a interesarnos "en los asuntos de nuestro Padre" (Luc.2,49): "que tu nombre sea santificado, que venga tu reino, que tu voluntad se haga tanto en la tierra como en el cielo." Estos tres impulsos de nuestro corazón hacia el Padre, expresados en el modo optativo, no pueden reducirse, sin duda, a los deseos platónicos, significan más bien un comienzo de respuesta sincera de nuestra parte. Se nos ha revelado por medio de la Iglesia, y especialmente en la eucaristía, cuáles son los deseos íntimos del corazón de nuestro Padre para que todos los hombres vivan de su vida, y nuestra primer respuesta de fe y de amor es ofrecernos a *entrar en el deseo del Padre*, a hacerlo nuestro, a compartirlo. ¿No somos coherederos con Cristo? Estamos en el corazón de la eucaristía, el festín de las bodas del Cordero.

En cada uno de estos tres deseos está inscripto el designio de amor de "Nuestro Padre", la economía de salvación que cumple dando a su Hijo y esparciendo su Espíritu. El nombre divino es indecible porque su misterio es incomprensible, inasible. No podemos conocerlo como Padre más que en la fe en el nombre de Jesús, "bajo la acción del Espíritu Santo" (1Cor12,3). "Que tu nombre sea santificado", reconocido, amado, imitado en cuanto santo, es el deseo ardiente de Jesús (Luc 10,21-24, Jn 17,8,11,26) y bajo la acción de su Espíritu de santidad el Padre consagra y santifica lo que le es ofrecido por la Iglesia.

"Que venga tu *Reino*". Los profetas y los justos de la Antigua Alianza eran conducidos por este deseo sin conocer todavía el rostro de quien lo realizaría. El precursor, Juan Bautista, estaba encendido y se regocijó por la venida del Esposo. María concibió por la fe y por el Espíritu Santo al Hijo "cuyo reino no tendrá fin". En la persona de Jesús, el reino de Dios está aquí y "todo" está cumplido en su sacrificio pascual. Desde entonces Cristo intercede delante del Padre para que

Dios sea "todo en todos", "hasta el día en que devolverá la realeza a Dios Padre" (1Cor.15,24-28). Este deseo de la llegada del reino pareciera ser lo propio de los últimos tiempos en los que estamos, el tiempo de la Iglesia y de la economía sacramental, el tiempo en el que "aguardamos la feliz esperanza" (Tim 2,13). Después del primer Pentecostés, la venida del reino es propiamente la obra del Espíritu Santo y de la Iglesia. "Marana tha", "Ven, Señor Jesús", es el grito del Espíritu y de la esposa (Apoc. 22, 17-20) y es una de las finalidades de la Eucaristía (1Cor 11,26).

Finalmente, "que tu *voluntad* sea hecha, tanto en la tierra como en el cielo". El Padre "nos ha hecho conocer el misterio de su voluntad, este designio benevolente que tenía de antemano para realizarlo cuando se cumplan los tiempos: recapitular todas las cosas bajo un solo jefe, Cristo, tanto los seres celestiales como los terrestres" (Ef. 1,9-10). Acogemos en nuestro deseo toda la economía de la salvación para fundirlo en el deseo del Padre. De este modo Jesús ha ofrecido su voluntad humana para fundirla en la de su Padre y salvarnos. Así también el Espíritu Santo obra sobre nuestra voluntad penetrándola con el amor del Padre.

En esta primera parte, aspiramos a ser conformados en el deseo de nuestro Padre, compartiendo en esto el deseo de Jesús que "hace siempre lo que agrada" a su Padre (Jn. 8,29). Las cuatro peticiones que siguen son entonces como impulsos "epicléticos" en los que ofrecemos al Padre las necesidades esenciales de nuestra vida, seguros de que serán escuchados porque Cristo mismo es la respuesta viviente a ellos, Él es nuestro pan de vida, nuestra reconciliación, el vencedor en nuestras tentaciones y el liberador de nuestras vidas. Por estos pedidos, "aquel que sondea los corazones" nos enseña además lo que su amor quiere para nuestro bien y nos lo da por su Espíritu porque "El conoce el deseo del Espíritu y que su intercesión por los santos corresponde a las intenciones de Dios" (Rom. 8,27).

Permaneced en mi amor

Enseguida después de haber comulgado con el cuerpo y la sangre de Cristo, los fieles de las Iglesias bizantinas cantan: "¡Hemos visto la luz verdadera, hemos recibido al Espíritu celestial, hemos encontrado la fe verdadera: adoremos a la Trinidad indivisible, porque ella nos ha salvado!" La celebración del gran sacramento acaba, pero su fruto, la realidad del misterio, permanece en nosotros si la acogemos en la fe: "Si Dios nos ha amado tanto, debemos, nosotros también

amarnos los unos a los otros. Nadie ha visto jamás a Dios. Si nos amamos los unos a los otros, Dios permanece en nosotros, su amor se ha cumplido en nosotros" (1 Jn 4, 11-12). "La Iglesia, sacramento de la comunión íntima con Dios y de la unidad del género humano" (Lumen gentium n.1) llega a ser lo que es cuando celebra la eucaristía. Es llamada y enviada a llevar el fruto del amor, el *ágape* de la Trinidad. Pero ¿cómo "llevar un fruto que permanece" (Jn 15,16), si nosotros no permanecemos en este amor? Todo el realismo de la plegaria "en la Trinidad" está aquí en juego y también lo está el del combate en la vida cristiana.

En la medida en que amemos a los otros "como" los ama el Padre -este "como" evangélico que revela, escondiéndola, la acción del Espíritu Santo-, nosotros vivimos en Cristo, llevamos el fruto de su sacrificio pascual. Ahora, "nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a nuestros hermanos" (1Jn 3,14). Pero sabemos también, y esto no será sino reconociendo nuestras omisiones de amor (Mat.25,42-45), qué conversión constante se nos exige, comenzando por la de nuestros juicios (Ef. 4,23). Conversión del corazón, lugar decisivo para la oración. En el fondo de nuestro misterio personal, se vive el reencuentro con nuestro Dios, allí es donde Él mora y nosotros podemos ofrecernos a Él. Podemos incluso estar ausentes y vagabundear como el hijo pródigo, porque "donde esté tu tesoro, allí estará tu corazón" (Mat.6,21). La vida de oración es ese combate continuo donde debemos elegir entre "Aquel que ama mi corazón" (Cant. 3,1-4) y los fantasmas del "yo" donde se desvanecen nuestros deseos.

Esta renuncia -"un no a mí mismo"- no tiene sentido si no significa una elección de amor -"sí, Padre". La ascética cristiana, bajo pena de convertirse en un moralismo, es mística y está animada por el misterio de Aquel que nos habita. Es el camino, "la puerta estrecha", del reino. Por la cruz, por la santa humanidad de Cristo crucificado, tenemos acceso al Padre en comunión con su Espíritu. Por la renuncia evangélica, el Espíritu de la verdad nos poda para que llevemos todavía más fruto (Jn 15,2). Este combate es "espiritual", es decir, con el poder del Espíritu Santo a quien ofrecemos nuestra pobreza. Porque la eternidad permanece en nosotros y nosotros en ella, siempre es posible rezar, sosteniéndonos firmes en la esperanza, a fin de vivir "verdaderamente, en acto" (1Jn 3,18) el amor que el Padre "ha derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado" (Rom 5,5).

Rezar en la Trinidad actualiza sobre el altar del corazón y en el servicio a nuestros hermanos el misterio del amor celebrado en la eucaristía. El misterio de la nueva Alianza es de una intimidad mutua inconcebible: "El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él" (Jn 6,56). "Rabí, ¿dónde vives?" fue la primer pregunta del discípulo amado (Jn 1,38) y se puede comprender por qué el insiste tanto sobre la novedad de esta alianza cuando llegó la hora de Jesús. Lo que Jesús no podía develar a la multitud al anunciar el misterio del pan de vida, lo confía a sus apóstoles, que lo comprendieron al recibir el Espíritu de la promesa, y El nos lo hace vivir en la eucaristía: en su cuerpo habita la plenitud de la divinidad. En su cuerpo, en cada uno de sus miembros que cree en El y se nutre de El habita la Trinidad. "Nosotros hemos reconocido el amor de Dios por nosotros y hemos creído en él. Dios es amor: aquel que permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él" (1Jn 4,16)

Nuestra oración de pecadores es la alegría de nuestro Padre, ella glorifica a su Hijo si surge de un corazón pobre entregado entero a su Espíritu. Sólo ella nos puede recoger, simplificar y unificar nuestro corazón, mantenernos en la casa del Padre cuando nos extraviamos fuera de nosotros agitándonos "por muchas cosas" (Lc 10,41). La Iglesia es la morada de Dios entre los hombres, es, sacramentalmente y realmente, el cuerpo de su Cristo, y en ella, el Paráclito nos enseña a orar al Padre y a cooperar de este modo en la salvación de todos sus hijos. Hasta que nuestro Dios sea "todo en todos", nuestra oración no puede participar en la comunión de la Trinidad sino uniéndonos a la de Jesús delante del Padre: "Yo les he dado la gloria que tú me has dado" (el Espíritu Santo) "para que ellos sean uno como nosotros somos uno: yo en ellos y tú en mí" (Jn 17,22). "Yo les he revelado tu nombre y se los revelaré para que el amor con que tú me has amado (el Espíritu Santo) esté en ellos y yo en ellos.

Traducción Clara Gorostiaga